

que Marcelo y los demás habían puesto en ella los ojos y los oídos. Pues al punto que Juliano acabó, y Marcelo respondió lo que he referido, y Sabino le quería replicar, sintieron ruido hácia aquella parte, y volviéndose, vieron que lo hacían dos grandes cuervos, que revolando sobre el ave que he dicho, y cercándola al derredor, procuraban hacerle daño con las uñas y con los picos. Ella al principio se defendía con las ramas del árbol, encubriéndose entre las más espesas. Mas creciendo la porfía, y apretándola siempre más á doquiera que iba, forzada se dejó caer en el agua, gritando, y como pidiendo favor. Los cuervos acudieron también al agua, y volando sobre la haz del rio le perseguían malamente, hasta que á la fin el ave se sumió toda en el agua, sin dejar rastro de sí. Aquí Sabino alzó la voz, y con un grito dijo: ¡Oh la pobre, y cómo se nos ahogó! Y así lo creyeron sus compañeros, de que mucho se lastimaron. Los enemigos como victoriosos se fueron alegres luégo. Mas como hubiese pasado un espacio de tiempo, y Juliano con alguna risa consolase á Sabino, que maldecía los cuervos, y no podía perder la lástima de su pájara, que así la llamaba; de improviso á la parte adonde Marcelo estaba, y cuasi junto á sus piés la vieron sacar del agua la cabeza, y luégo salir del arroyo á la orilla toda fatigada y mojada. Como salió, se puso sobre una rama baja que estaba allí junto, adonde extendió sus alas, y las sacudió del agua: y después batiéndolas con presteza, comenzó á levantarse por el aire cantando con una dulzura nueva. Al canto como llamadas otras muchas aves de su linaje acudieron á ella de diferentes partes del soto. Cercábanla, y como dándole el parabién, le volaban al derredor. Y luégo juntas todas, y como en señal de triunfo, rodearon tres ó cuatro veces el aire con vueltas alegres, después se levantaron en alto poco á poco, hasta que se perdieron de vista.

Fué grandísimo el regocijo y alegría que de este suceso recibió Sabino. Mas decíame, que mirando en este punto á Marcelo, le vió demudado en el rostro, y turbado algo, y metido en gran pensamiento, de que mucho se maravilló: y queriéndole preguntar qué sentía, vióle que levantaba al cielo los ojos como entre los dientes, y con un suspiro disimulado dijo: Al fin Jesús es Jesús. Y que luégo sin dar lugar á que

ninguno le preguntase más, se volvió á él, y le dijo: Atended pues, Sabino, á lo que pedistes.

§. II.

Trátase del nombre EL AMADO, que se le da á Cristo en la Sagrada Escritura, y explícanse las finezas de amor con que los suyos le aman.

Y porque, Sabino, veáis, que no me pesa de obedeceros, y porque no digáis, como soléis, que siempre os cuesta lo que me oís, muchos ruegos; primero que diga del nombre que señalastes, quiero decir de un otro nombre de Cristo, que las últimas palabras de Juliano, en que dijo ser Él lo que Dios en todas las cosas ama, me le trajeron á la memoria: y es EL AMADO, que así le llama la sagrada Escritura en diferentes lugares.—Maravilla es veros tan liberal, Marcelo, dijo Sabino entónces: mas proseguí en todo caso, que no es de perder una añadidura tan buena.—Digo pués, prosiguió luégo Marcelo, que es llamado Cristo EL AMADO en la santa Escritura, como parece por lo que diré. En el libro de los Cantares la aficionada Esposa le llama con este nombre casi todas las veces. Isaías en el capítulo quinto hablando del mismo y con el mismo, le dice (Isai. cap. v, v. 1.): *Cantaré al AMADO el cantar de mi tío á su viña.* Y acerca del mismo Profeta en el capítulo veintiseis adonde leemos (Isai. cap. xxvi, v. 17.): *Como la que concibió, al tiempo del parto voca herida de sus dolores, así nos acaece delante tu cara;* la antigua traslación de los griegos lee de esta manera: *Así nos aconteció con EL AMADO.* Que como Orígenes declara, es decir que EL AMADO, que es Cristo, concebido en el alma, la hace sacar á luz y parir lo que causa grave dolor en la carne, y lo que cuesta, cuando se pone por obra, agonía y gemidos, como es la negación de sí mismo. Y David al Salmo cuarenta y cuatro, en que celebra los loores y los desposorios de Cristo, le intitula, *Cantar del AMADO.* Y San Pablo le llama el hijo del amor, por aquesta misma razón. Y el mismo Padre celestial acerca de San Mateo le nombra su AMADO, y su hijo. De manera que es

nombre de Cristo este, y nombre muy digno de Él, y que descubre una su propiedad muy rara, y muy poco advertida.

Porque no queremos decir agora, que Cristo es amable, ó que es merecedor del amor, ni queremos engrandecer su muchedumbre de bienes con que puede aficionar á las almas: que eso es un abismo sin suelo, y no es lo propio que en este nombre se dice. Así que no queremos decir, que se le debe á Cristo amor infinito, sino decir que es Cristo EL AMADO, esto es, el que antes ha sido, y agora es, y será para siempre la cosa más amada de todas. Y dejando aparte el derecho, queremos decir del hecho, y de lo que pasa en realidad de verdad, que es lo que propiamente importa este nombre, no menos digno de consideración, que los demás nombres de Cristo. Porque así como es sobre todo lo que comprende el juicio, la grandeza de razones, por las cuales Cristo es amable; así es cosa que admira la muchedumbre de los que siempre le amaron, y las veras y las finezas nunca oídas de amor, con que los suyos le aman. Muchos merecen ser amados, y no lo son, ó lo son mucho menos de lo que merecen: mas á Cristo aunque no se le puede dar el amor que se debe, diósele siempre el que es posible á los hombres. Y si de ellos levantamos los ojos, y ponemos en el cielo la vista, es AMADO de Dios todo cuanto merece. Y así es llamado debidamente EL AMADO. Porque ni una criatura sola, ni todas juntas las criaturas son de Dios tan amadas. Y porque Él solo es el que tiene verdaderos amadores de sí. Y aunque la prueba de este negocio es el hecho, digamos primero del dicho, y antes que vengamos á los ejemplos, descubramos las palabras, que nos hacen ciertos de esta verdad, y las profecías que de ella hay en los libros divinos.

Porque lo primero, David en el Salmo en que trata del reino de aqueste su Hijo y Señor, profetiza, como en tres partes, esta singularidad de afición con que Cristo había de ser de los suyos querido. Que primero dice (Ps. LXXI, vv. 11, 15 y 19.): *Adorarle han los reyes todos, todas las gentes le servirán.* Y después añade: *Y vivirá, y daránle del oro de Sabá, y rogarán siempre por Él, bendecirle han todas las gentes.* Y á la postre concluye: *Y será su nombre eterno, perseverará allende del sol su nombre, bendecirse han todos en El, y daránle bienan-*

danzas. Que como aquesta afición que tienen á Cristo los suyos es rarísima por extremo, y David la contemplaba alumbrado con la luz de profeta, admirándose de su grandeza, y queriendo decirla, usó de muchas palabras, porque no se decía con una. Que dice, que la fuerza del amor para con Cristo, que reinaria en los ánimos fieles, les derrocaría por el suelo el corazón adorándole, y los encendería con cuidado vivo para servirle, y les haría que le diesen todo su corazón hecho oro, que es decir, hecho amor, y que fuese su deseo continuo, rogar que su reino creciese, y que se extendiese más y allende su gloria, y que les daría un corazón tan ayuntado, y tan hecho uno con Él, que no rogarían al Padre ninguna cosa que no fuese por medio de Él, y que del hervor del ánimo les saldría el ardor á la boca, que les bulliría siempre en loores, á quien ni el tiempo pondría silencio, ni fin el acabarse los siglos, ni pausa el sol cuando él se parare, sino que durarían cuanto el amor que los hace, que sería perpetuamente, y sin fin. El cual mismo amor les sería causa á los mismos, para que ni tuviesen por bendito lo que Cristo no fuese, ni deseasen bien, ni á otros, ni á sí. que no naciese de Cristo, ni pensasen haber alguno que no estuviese en Él, y así juzgasen y confesasen ser tuyas todas las buenas suertes, y las felices venturas.

También vió aquestos extremos de amor, con que amarían á Cristo los suyos, el patriarca Jacob estando vecino á la muerte, cuando, profetizando á Joseph su hijo sus buenos sucesos entre otras cosas le dice (Gen. cap. XLIX, v. 26.): *Hasta el Deseo de los collados eternos.* Que por cuanto le había bendecido, y juntamente profetizado, que en él y en su descendencia florecerían sus bendiciones con grandísimo efecto; y por cuanto conocía que al fin había de perecer toda aquella felicidad en sus hijos por la infidelidad de ellos, al tiempo que naciese Cristo en el mundo; añadió, y no sin lástima, y dijo: *Hasta el Deseo de los eternos collados.* Como diciendo, que su bendición en ellos tendría suceso, hasta que Cristo naciese. Que así como cuando bendijo á su hijo Judas le dijo, que mandaría entre su gente, y tendría el cetro del reino, hasta que viniese el *Silo*: así agora pone límite y término á la prosperidad de Joseph en la venida del que llama, Deseo. Y

como allí llama á Cristo *Silo* por encubierta y rodeo, que es decir el Enviado, ó el hijo de ella, ó el dador de la abundancia, y de la paz, que todas son propiedades de Cristo: así aquí le nombra el Deseo de los collados eternos. Porque los collados eternos aquí son todos aquellos, á quien la virtud ensalzó, cuyo único deseo fué Cristo. Y es lástima, como decía, que hirió en este punto el corazón de Jacob con sentimiento grandísimo, que viniese á tener fin la prosperidad de sus hijos, cuando salía á luz la felicidad deseada y amada de todos, y que aborreciesen ellos para su daño lo que fué el suspiro y el deseo de sus mayores y padres, y que se forjasen ellos por sus manos su mal, en el bien que robaba para sí todos los corazones y amores.

Y lo que decimos *Deseo* aquí, en el original es una palabra que dice una afición que no reposa, y que abre de continuo el pecho con ardor y deseo. Por manera que es cosa propia de Cristo, y ordenada por solo Él, y profetizada de Él antes que naciese en la carne, el ser querido y AMADO, y deseado con excelencia, como ninguno jamás ha sido ni querido, ni deseado, ni amado. Conforme á lo cual fué también lo de Ageo, que hablando de aqueste general objeto de amor, y de este señaladamente querido, y diciendo de las ventajas que había de hacer el templo segundo, que se edificaba cuando él escribía, al primer templo, que edificó Salomón, y fué quemado por los caldeos; dice por la más señalada de todas, que *ven- dria á él el Deseado de todas las gentes, y que le hincharía de gloria*. Porque así como el bien de todos colgaba de su venida, así le dió por suerte Dios, que los deseos é inclinaciones y aficiones de todos se inclinasen á Él. Y esta suerte y condición suya, que el profeta miraba, la declaró llamándole el Deseado de todos. Mas ¿por ventura no llegó el hecho á lo que la profecía decía, y él de quien se dice, que sería el Deseado y AMADO, cuando salió á luz, no lo fué? Es cosa que admira lo que acerca de esto acontece, si se considera en la manera que es. Porque lo primero, puédese considerar la grandeza de una afición en el espacio que dura, que esa es mayor la que comienza primero, y siempre persevera continua, y se acaba, ó nunca, ó muy tarde. Pues si queremos confesar la verdad, primero que naciese en la carne Cristo, y luégo que los hom-

bres, ó luégo que los ángeles comenzaron á ser, comenzó á prender en sus corazones de ellos su deseo y su amor. Porque, como altísimamente escribe San Pablo, cuando Dios primeramente introdujo á su Hijo en el mundo, se dijo (Ad Hebr. capit. 1, v. 6.): *Y adórenle todos sus ángeles*. En que quiere significar y decir, que luégo y en el principio que el Padre sacó las cosas á luz, y dió ser y vida á los ángeles, metió en la posesión de ello á Cristo su Hijo como á heredero suyo, y para quien se crió, notificándoles algo de lo que tenía en su ánimo acerca de la humanidad de Jesús, señora que había de ser de todo, y reparadora de todo, á la cual se la propuso como delante los ojos, para que fuese su esperanza, y su deseo, y su amor.

Así que cuanto son antiguas las cosas, tan antiguo es ser Jesucristo AMADO de ellas: y como si dijésemos, en sus amores de Él se comenzaron los amores primeros, y en la afición de su vista se dió principio al deseo, y su caridad se entró en los pechos angélicos, abriendo la puerta ella ántes que ninguno otro que de fuera viniese. Y en la manera que San Juan (Apoc. c. XIII, v. 8.) le nombra, *Cordero sacrificado desde la origen del mundo*, así también le debemos llamar, bien AMADO, y deseado, desde luégo que nacieron las cosas. Porque así como fué desde el principio del mundo sacrificado en todos los sacrificios, que los hombres á Dios ofrecieron desde que comenzaron á ser, porque todos ellos eran imagen del único y grande sacrificio de este nuestro Cordero: así en todos ellos fué aqueste mismo Señor deseado, y AMADO. Porque todas aquellas imágenes, y no solamente aquellas de los sacrificios, sino otras innumerables que se compusieron de las obras, y de los sucesos, y de las personas de los padres pasados, voces eran que testificaban este nuestro general deseo de Cristo. Y eran como un pedirsele á Dios, poniéndole devota y aficionadamente tantas veces su imagen delante. Y como los que aman una cosa mucho, en testimonio de cuanto la aman, gustan de hacer su retrato, y de traerlo siempre en las manos: así el hacer los hombres tantas veces, y tan desde el principio imágenes y retratos de Cristo, ciertas señales eran del amor y deseo de Él, que les ardía en el pecho. Y así la presentaba á Dios para aplacarle con ellas, que las hacían

también para manifestar en ellas su fe para con Cristo, y su deseo secreto.

Y este deseo y amor de Cristo, que digo, que comenzó tan temprano en hombres y en ángeles, no feneció brevemente, antes se continuó con el tiempo, y persevera hasta agora, y llegará hasta el fin, y durará cuando la edad se acabare, y florecerá fenecidos los siglos tan grande y tan extendido, cuanto la eternidad es grande y se extiende. Porque siempre hubo, y siempre hay, y siempre ha de haber almas enamoras de Cristo. Jamás faltarán vivas demostraciones de este bienaventurado deseo. Siempre sed de El: siempre vivo el deseo de verle: siempre suspiros dulces, testigos fieles del abrasamiento del alma. Y como las demás cosas para ser amadas, quieran primero ser vistas y conocidas, á Cristo le comenzaron á amar los ángeles y los hombres sin verle, y con solas sus nuevas. Las imágenes y las figuras suyas, ó dirémos mejor, aun las sombras oscuras que Dios les puso delante, y el rumor solo suyo, y su fama les encendió los espíritus con increíbles ardores. Y por eso dice divinamente la Esposa (Cant. c. 1, v. 2.): *En el olor de tus olores corremos, las doncellas te aman.* Porque solo el olor de aqueste gran bien, que tocó en los sentidos recién nacidos, y como donceles del mundo, les robó de tal manera las almas, que las llevó en su seguimiento encendidas. Y conforme á esto es también lo que dice el Profeta (Isai. c. xxvi, v. 9.): *Esperamos en ti, tu nombre, y tu recuerdo, deseo del alma, mi alma te deseó en la noche.* Porque en la noche, que es, según Teodoreto (1) declara, todo el tiempo desde el principio del mundo, hasta que amaneció Cristo en él como luz, cuando á malas penas se divisaba, llevaba á sí los deseos: y su nombre apénas oído, y unos como rastros suyos impresos en la memoria, encendían las almas.

Mas ¿cuántas almas, pregunto, una, ó dos, ó á lo menos no muchas? Admirable cosa es los ejércitos sin número de los verdaderos amadores que Cristo tiene, y terná para siempre. Un amigo fiel es negocio raro, y muy dificultoso de hallar. Que como el Sabio dice (Eccli. c. vi, v. 14.): *El amigo fiel es*

(1) Comm. in Daniel. Orat. viii.

fuerte defensa: el que le hallare, habrá hallado un tesoro. Mas Cristo halló y halla infinitos amigos, que le aman con tanta fe, que son llamados los fieles entre todas las gentes como con nombre propio, y que á ellos solos conviene. Porque en todas las edades del siglo, y en todos los años de él, y podemos decir, que en todas sus horas, han nacido y vivido almas que entrañablemente le amen. Y es más hacedero y posible que le falte la luz al sol, que faltar en el mundo hombres que le amen y adoren. Porque este amor es el sustento del mundo, y el que le tiene como de la mano, para que no desfallezca. Porque no es el mundo más, de cuanto se hallare en él, quien por Cristo se abraza. Que en la manera como todo lo que vemos se hizo para fin y servicio y gloria de Cristo, según que dijimos ayer; así en el punto que faltase en el suelo quien le reconociese, y amase, y sirviese, se acabarían los siglos, como ya inútiles para aquello á que son. Pues si el sol, después que comenzó su carrera, en cada una vuelta suya produce en la tierra amadores de Cristo; quién podrá contar la muchedumbre de los que amaron y aman á Cristo? Y aunque Aristóteles (1) pregunta, si conviene tener uno muchos amigos, y concluye que no conviene; pero sus razones tienen fuerza en la amistad de la tierra, adonde, como en sujeto no propio, prende siempre y fructifica con imperfección el amor. Mas esa es la excelencia de Cristo, y una de las razones por donde le conviene ser EL AMADO con propiedad, que da lugar á que le amen muchos, como si le amara uno solo, sin que los muchos se estorben, y sin que El se embarace en responderse con tantos. Porque si los amigos, como dice Aristóteles, no han de ser muchos, porque para el deleite bastan pocos, porque el deleite no es el mantenimiento de la vida, sino como la salsa de ella, que tiene su límite; en Cristo aquesta razón no vale, porque sus deleites, por grandes que sean, no se pueden condenar por exceso.

Y si teniendo respecto al interés, que es otra razón, no nos convienen, porque habemos de acudir á sus necesidades, á que no puede bastar la vida, ni la hacienda de uno, si los amigos son muchos; tampoco tiene aquesto lugar. Porque su

(1) Ethic. lib. ix, c. 10. Magnor. Mor. lib. ii, c. 16.